

tadas almas del purgatorio; pues el Espíritu Santo te amonesta. «Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut á peccatis solvantur.» (1).

VII.

DEVOCIÓN AL SANTO ANGEL DE LA GUARDA

¿Cómo podrás olvidar, amado seminarista á tu fiel tutor amigo y compañero inseparable, que de tantos peligros te ha preservado, prestándote tantos y tan eminentes servicios? Y, ¿cuántos más no te prestará si te encomiendas á él?

San Agustín, en los soliloquios del alma, no sabe cómo encarecer la divina bondad, que mandó á espíritus tan sublimes te guardasen en todos tus caminos, para que ni aún tropezases en ellos. Pues en el salmo 90 (2) leemos: «Non accedet ad te malum... quoniam Angelis suis mandavit de te: ut custodiam te in omnibus viistuis, in manibus portabunt te: ne forte offendas ad lapidem pedem tuum, etc.»

«Los ángeles, dice S. Agustín, son los centinelas, que velan en los muros de esta nueva Jerusalén, los baluartes que la rodean y defienden. Nos aman como á moradores de una misma ciudad, pues, hemos de llenar los vacíos que dejaron sus malos compañeros. Y por esto en todo tiempo y lugar se hallan con nosotros, socorriendo con gran cuidado todas nuestras peticiones y suspiros. No se apartan de nosotros por donde quiera que vayamos, atentos con suma solícitud á ver con qué ánsia buscamos nuestro reino. Ayúdanos cuando trabajamos; nos protejen cuando deseansamos; animannos cuando peleamos; nos coronan cuando vencemos y se compadecen cuandopor Vos padecemos. Grande es el cuidado que de nosotros tienen y grande el afecto con que nos aman; porque aman á los que Vos amáis, guardan á los que Vos

(1) Machabaeorum, II, cap. 12.—(2) Psalm. 90, v. 10, 11 et seqq.

guardáis, desamparan á los que Vos desamparáis.» Tal era el afecto que profesaba S. Agustín al Sto. Angel de la Guarda.

VIII

DEVOCIÓN Á STO. TOMÁS DE AQUINO

El seminarista debe ser devotísimo de Sto. Tomás, porque es Patrono Universal de las Escuelas Católicas, es su Doctor y Maestro en la Ciencia y Protector de la castidad y pureza.

Claritatis *gratia*, hablemos antes de la castidad, y después de los medios para conservarla, en artículos separados.

ARTÍCULO II.

DE LA CASTIDAD, DE SUS FALTAS Y TENTACIONES  
SEGÚN EL P. SACREST. ORD. PRED.

Contra la castidad se puede faltar por pensamiento, palabra y obra. Como respecto de los pensamientos puede haber alguna dificultad en discernir cuándo hay pecado y cuándo no, decimos que de tres maneras puede el hombre haberse respecto de los pensamientos: Primero, sacudiéndolos inmediatamente que se presentan, y entonces no hay pecado alguno, antes bien gran merecimiento y corona en la presencia de Dios; recuérdese lo que decía Santa Teresa, que el sentir no es consentir.—Segundo, consintiendo en ellos, ya sea por detención voluntaria y deliberada, ya sea por ejecución de la obra, y eso es pecado mortal, porque en este voto no hay materia leve; y tercero, no apartándolos tan pronto como se debía, á pesar de alguna advertencia imperfecta y deliberación incompleta; y esto será pecado venial mayor ó menor, según la detención y advertencia. En todo caso, es muy conveniente manifestar al Director las faltas grandes ó pequeñas que haya habido,

para el mayor acierto y dirección en punto tan delicado. Hablando con futuros apóstoles no debemos tratar de las palabras y obras, porque lejos, muy lejos de esto, debemos suponer al que trata de perfeccion, como decia S. Pablo á los Efesios: *Omnis immunditia nec nominetur in vobis* (1). ¡Tan lejos debemos estar de cualquiera cosa que sea menos limpia á los ojos de Dios! Nuestras conversaciones han de ser tales, que jamás puedan despertar ideas menos decorosas, y hemos de proceder en nuestros actos con suma cautela y diligencia, sabiendo cierto que nunca será demasiado. «A esta virtud, escribe el V. Granada, toca tener un corazón de ángel y huír cielo y tierra de todas las pláticas, visitas y conversaciones ó amistades que en esto pueden perjudicar. Ha de procurar que los ojos sean castos, y las palabras castas, y la compañía casta, y la vestidura casta, y la cama y la mesa, y la comida; porque la verdadera y perfecta castidad todas las cosas quiere que sean castas, y una sola que falte, á las veces lo desluce todo» (2).

Este recato es tanto más necesario, cuanto que más que en ninguna otra materia son fuertes las tentaciones en lo tocante á la castidad. Las tentaciones unas son voluntarias y otras involuntarias. Querer permanecer en la ocasión, andar con un corazón derramado y con los sentidos abiertos á todas las curiosidades y pasatiempos y no tener tentaciones, es pedir un imposible. Tirar piedras al mastín y no querer que ladre y aun que no muerda, es un contrasentido. Es indispensable no dar pábulo al enemigo si se quiere no sentir sus molestias.

Por lo demás, en las tentaciones involuntarias debemos hasta alegrarnos, recordando lo que está escrito, «que bienaventurado el varón que padece tentaciones, porque después de probado recibirá la corona de la vida;» y es necesario entrar por muchas tribulaciones en el reino de Dios. «Tened, dice Santiago, por objeto de sumo gozo el

(1) Ephes., 5, 3.—(2) Comp. doctrina, cap. 49.

caer en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce ó ejercita la paciencia y perfecciona la obra, para que así vengáis á ser perfectos y cabales sin faltar en cosa alguna (1).» Así es que las tentaciones, lejos de hacernos desmayar, deben alentarnos en el servicio de Dios, sabiendo como sabemos, que son pruebas que el Señor nos manda para acrisolar nuestra virtud y para aumentar nuestros merecimientos. Los fríos y nieves del invierno son saludables á las plantas, porque así arraigan más profundamente sus raíces en la tierra, creciendo después con mayor fuerza, y dando más abundantes frutos; no de otra manera se arraigan las almas por la tentación en la virtud, para luego crecer con más fuerza y producir más copiosos frutos. No hay grandes obras de virtud, dice San León, sin la prueba de las tentaciones; no hay fe sin agitaciones; no hay combate sin enemigos; y no hay victoria sin combate (2). Si queremos triunfar, preciso es combatir. Oigan lo que refiere Paladio de un santo monje: «Éste vino un día al abad Pastor, y díjole: Ya Dios me ha quitado los combates y dádome paz, porque así se lo he pedido. Dijo Pastor: vuelve á Dios y pídele que te vuelva tus peleas porque no te hagas negligente. Fué al Señor, y díjole lo que Pastor le había aconsejado, á lo cual respondió el Señor que era ese muy buen consejo, y así le volvió las tentaciones (3).» Léase la historia de los Santos, y se verá que á cada grado de virtud que adquirían, corresponde una humillación, y á cada corona un combate.

Y aun cuando no fuera por eso, siempre será cierto que el verdadero siervo de Dios, el que de corazón le sirve y le ama, el que comprende que no en las palabras sino en el ejercicio de las buenas obras está el reino de Dios; el que por experiencia sabe que el amor vive del sacrificio; esté cierto que gozará en poder ofrecer á Dios el sacrificio de las tentaciones. No hará consistir, bien que no las deseché, en las consolaciones el mérito de la virtud; sino en

(1) Jacobi, cap. 1.º v. 3 et 4.—(2) Sermone Quod.—(3) Del Abad Juan Breve.

el sufrimiento que consigo llevan las tentaciones. Así es, que en manera alguna hemos de desmayar ni retroceder del camino comenzado, porque vengan tentaciones, teniendo siempre presente lo que dijo el Angel á Tobías: «*Quia acceptus eras Deo necesse fuit ut tentatio probaret te.* Por cuanto eras agradable á Dios fué necesario que la tentación te probase» (1).

### ARTÍCULO III

DE LOS MEDIOS PARA SALIR VICTORIOSOS EN LOS COMBATES DE LA CASTIDAD, SEGUN EL P. SACREST. ORD. PRAED.

Para salir victorioso de las tentaciones de la carne, muchos y variados son los medios que señalan los santos. Nosotros señalaremos algunos, advirtiendo de paso dos cosas: primero, que cada uno debe observar en sí mismo, y con el consejo de su Director, cuál le produce mejor efecto; porque por eso es múltiple la gracia del Espíritu Santo. Segundo, que es necesario distinguir las tentaciones que proceden del pensamiento ó imaginación de aquellas que vienen de las fuerzas y robustez del cuerpo. En este último caso la mortificación, el ayuno, el cilicio, la disciplina, serán excelentes remedios; mientras que en el primero será mejor el retiro, el recogimiento y la meditación. Hay también algunos demasiado tímidos que con su misma inquietud excitan la imaginación, mientras que otros son demasiado libres y atrevidos: éstos necesitan temor y aquellos libertad. Dejando la aplicación de estos documentos al prudente y celoso Director, decimos, que en general, los medios principales son: primero, temor de Dios; segundo, mortificación de los sentidos; tercero, oración.

#### I.—TEMOR DE DIOS

Con temor y temblor nos manda San Pablo que obre-

(1) Tobías, cap. 12, v. 13.

mos nuestra salvación; y bienaventurado llama David al varón temeroso de Dios. Pues si en todo caso son verdaderas estas sentencias, en manera singular lo son aplicadas á la pureza y castidad. Llevamos ciertamente en vasos frágiles ese licor preciosísimo, y por entre fango hay que conservar limpia esta riquísima perla. Por eso debemos siempre recelarnos de nosotros mismos, atalayándonos por todas partes y temiendo en medio de la seguridad, porque este temor es la cosa que más nos puede asegurar. Y es mucho de notar lo que dice San Jerónimo (2): que no nos fiemos de la castidad pasada, porque ninguna cosa hay tan vecina del peligro como la demasiada confianza. A este santo temor pertenece repetir humildemente aquel verso del salmo: *Nisi quia Dominus adjuvit me paulominus habitasset in inferno anima mea:* «A no ser porque el Señor me ayudó, poco faltó para que mi alma fuese á parar á los infiernos;» y aquel otro verso: «Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la custodia (1).» La humildad es la mayor guarda de la castidad.

A este mismo temor pertenece evitar las ocasiones, advirtiendo por de pronto, que cualquiera afición ó amor puede degenerar en este punto, pues, como divinamente dijo Santo Tomás, muchas veces el amor espiritual y natural viene á terminar en carnal. Pero en especial debemos huir con todo estudio la familiaridad con las personas de otro sexo. «Sin ninguna duda te digo, escribe San Agustín (2), que el que no quisiere evitar la familiar conversación con las mujeres, presto vendrá á caer.» Y en otra parte dice: «Grande enemigo tiene la castidad, al cual no sólo conviene resistir, sino también huir á rienda suelta. «Y no menos se deben huir las personas que parecen religiosas y virtuosas que las demás. Porque cuanto son más virtuosas, tanto más afician los corazones, y debajo de color de piedad, puede estar la ponzoña del pecado escon-

(2) Vide Granada, lib. de la devoción, cap. 6.º 8.º.

(1) Psalm. 93 et 123.—(3) Vide Granada.

dida. Cree á un hombre experimentado, porque como tal te certifico esto de Dios, que vi á los cedros altos del monte Líbano y á los guías de la grey de Israel haber caído por esta ocasión, de cuya caída no tenía más sospecha que de la de Ambrosio ó de Jerónimo. ¡«Cuántos clérigos, añade el mismo Doctor, cuantos clérigos y legos, después de haber confesado la fe y triunfado de los tiranos, y después de haber obrado otras grandezas y maravillas, vinieron á padecer naufragio por haber querido navegar en un mismo navío, con personas sospechosas!» Procuremos, pues, mucho recato y circunspección en el trato, que por mucha que tengamos todavía será poca. (1)

## II.—MORTIFICACIÓN

La mortificación es también muy buen medio para la guarda de la castidad. Por donde hay que evitar los convites largos y las cenas regaladas. Y sobre todo tener presente que en el vino está la lujuria. Pero donde importa mayor mortificación es en la vista. ¿Cuántas caídas no ocasionan los ojos? Job, con ser santo, puso entredicho á sus ojos, porque no mirasen la mujer; y David, por haber mirado, dió tan gran caída como la que amarguísimamente llora en el salmo cincuenta. Y, como dice muy bien el V. Granada (1): «Los que andan con los ojos inmodestos no esperen aprovechar en el ejercicio del recogimiento, porque á ellos comprende aquella maldición del Patriarca que dice: Te derramaste como agua, no crecerás: porque los tales como traen derramado el corazón y los sentidos por las cosas exteriores, tanto menos crecen de dentro, cuanto más se derraman por defuera, y tanto menos alcanzarán las consolaciones divinas, cuanto más derramados

(1) Recomendamos eficazmente la obra «Regimiento de castos y remedio de torpes», donde se ponen 28 remedios contra el pecado de la torpeza, y por otras tantas vías se exhorta al cristiano al amor de la castidad por el M. Francisco Zartan, Canónigo Penitenciario de Salamanca. Salamanca, Cornelio Renardo, 1640.—(1) Libr. 4.º de la Devoción., cap. 2.º, 6.º

andaren por la tierra de Egipto buscando pajas... Andan á donde los lleva el viento, y muchas veces acaece que en estos tales pasos y caminos el demonio los lleva, como á Dina á algún tropezadero, donde vayan á perder no solamente la devoción y recogimiento, sino también la castidad y la inocencia. Menester es luego excusar todos estos derramamientos, para que, reunidas en uno las fuerzas de nuestra alma, tengamos más caudal y virtud para buscar el sumo bien; pues está escrito que, cuando el Señor edificare á Jerusalén, ayuntará en uno los derramamientos de Israel.»

## III.—ORACIÓN

Sobre esto es universal remedio la oración. La oración algunas veces se toma por una simple plegaria, otras por sinónimo de meditación, otras también por devoción ó sea espíritu de recogimiento y presencia de Dios. Bajo cualquiera de estos aspectos es la oración excelente medio para la castidad. Pues por lo que hace al primero, dice el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría (1): «Que la continencia es un dón de Dios, el cual se da á los que lo piden, y nadie puede ser continente si Dios no lo dá.» «Pues ya en la meditación, dice el Profeta (2), se enardece el fuego que, siendo del Espíritu Santo, apaga las llamas de la concupiscencia.» «Y deposité, añade el mismo Profeta, dentro de mi corazón tus palabras por no pecar contra tí. (3). Mas cuando la oración es continua presencia de Dios, entonces más que nunca es remedio eficazísimo para conservar limpio el corazón y salir victorioso de todos los combates de los enemigos, según que lo significó el Profeta David, cuando dijo: Ponía yo siempre al Señor delante de mis ojos, porque él anda á mi diestra para que no sea yo movido (4).» Cuando el pueblo de Dios peleaba contra los Amalecitas, Moisés estaba orando en el Monte, y

(1) Sap. 8, v. 1.—(2) Psalm. 38, v. 4.—(3) Psalmi 118, v. 111.—(4) Psalm. 15, v. 8.

según subían ó bajaban las manos del Profeta, así ganaban ó perdían los Israelitas. Entendió esto el pueblo de Dios, y buscaron medio de mantener siempre levantados los brazos de Moisés, logrando así derrotar completamente á los enemigos. Entendamos por aquí que si lleváramos siempre el corazón elevado en Dios por medio de la oración, del recogimiento y de la devoción, saldríamos perpetuos vencedores en la ruda y tenacísima lucha con que los apetitos de la carne atormentan nuestro espíritu.

Bajo el nombre de oración, compréndese igualmente la invocación del nombre de *Jesús* y de *María*; tomar agua bendita; hacer la señal de la cruz; medios todos de los cuales algunos se sirven con gran devoción y maravilloso aprovechamiento. Especialmente del favor obtenido por la devoción á la Virgen están llenas las historias.

Pues ya del valor de la cruz en este linaje de tentaciones, es clarísimo ejemplo lo que se cuenta de un Prior dominico, varón devotísimo del misterio de la cruz. Escribe un Doctor «que en la ciudad de Argentina (Alemania), había un religioso de la Orden de Predicadores, Prior del monasterio de aquella ciudad, muy devoto de la sagrada Pasión, en la cual pensaba muy á menudo; y tenía la piadosa costumbre de hacer la señal de la cruz sobre el corazón cuando sentía alguna tentación de la carne. Al cual después de muerto (abriendo su sepultura para trasladar á otra parte su cuerpo) hallaron que en los huesos del pecho que caen sobre el corazón, tenía una cruz entallada en los mismos huesos, y labrada con tanta perfección como si fuera hecha de marfil; y como la fama de este milagro se extendiese por toda aquella tierra, el autor que esto escribe, dice que caminó cuarenta millas por ver esta gloriosa señal. La cual, dice él, yo ví con mis propios ojos, y miré mucho la figura que tenía, que no era menos maravillosa. Porque el pie de ella estaba adelgazado hacia abajo, como si estuviera hecho para afianzarse á algún lu-

(1) Granada, Libr. de Vita Christi, cap. 1.º.

gar; y los tres brazos de arriba se remataban en tres flores de azucenas; en lo cual se daba á entender que por la virtud y misterio de la sagrada Pasión, había conservado aquel santo varón en su ánima el lirio de la castidad y pureza virginal» (1).

Para terminar este punto no podemos menos de decir algunas de las muchas alabanzas que merece la castidad. Y desde luego podríamos ponerla par de sus contrarios, porque mejor brillasen sus resplandores. Podríamos recordar cómo el impúdico oscurece su razón, debilita sus fuerzas y marcha precipitado á una muerte ignominiosa en la vida y á una eternidad desgraciada en la muerte: que pierde la tranquilidad del espíritu, y cae en un sopor é inapetencia funesta, presagio cierto de la muerte. Mas mejor será, si alzando nuestro vuelo, subimos á contemplar la hermosura y belleza de la pureza en sí misma. Esta es, desde luego, una virtud toda angelical, y aun por ella, dicen los Santos, que es el hombre superior á los mismos ángeles, y por cierto con razón, pues no es mucho que el ángel no se manche con la carne que no tiene, mas que el hombre se conserve limpio por entre el lodo en que anda, esto es más que humano. Por esta razón dice San Bernardo (2) «El hombre casto no se diferencia del ángel por la felicidad, sino por la fuerza y el valor.» La castidad del ángel es más tranquila, la del hombre más gloriosa. Por la terrible lucha que ocasiona la pureza y por las victorias que consigue, asegura San Basilio (3), «que las almas puras son ángeles no de un orden inferior, sino del orden más ilustre y elevado.»

Y es más; el varón limpio y puro, que por entre las rudas pruebas de la carne conserva inocente su corazón, tiene el mérito y gloria del martirio, según que claramente lo significa San Jerónimo, cuando escribe (4): «Aun cuando las persecuciones de los tiranos no existen, y no derra-

(1) Granada, Libr. de Vita Christi, cap. 1.º—(2) Epist. 52 ad.—(3) Tract. de virg., cap. 79.—(4) Homili. in Evang.

manos la sangre por Jesucristo, la pureza tiene también su martirio, porque aunque no pongamos el cuello bajo la espada del verdugo, con la espada de la pureza cortamos los deseos carnales; lo cual equivale y es un verdadero martirio.»

La Virgen María en el éxtasis de su cántico, prorrumpió en estas tan hermosas como encantadoras palabras: *Fecit mihi magna qui potens est*. Hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso, y en esto ha señalado la fuerza de su brazo, *fecit potentiam in brachio suo* (1). Pues si algo hay grande, notable y elevado es ciertamente el triunfo de la castidad; una vida pura y un corazón inmaculado son la obra más grande del mundo. Pasar la juventud en una vida corta, en medio de las multiplicadas y peligrosas pruebas á que está expuesto el corazón del joven, es cosa sorprendente en demasía. Bien pueden los jóvenes que mantengan puro su corazón cantar con los niños. Ananías, Azarías y Misael aquel admirable cántico que de entre las llamas se elevaba al cielo: *Benedictus es, Domine, in firmamento coeli, et laudabilis, et gloriosus et superexaltatus in saecula*. Bendito es el Señor en el firmamento del cielo y alabado y glorioso y ensalzado en todos los siglos (1).

Al terminar su carrera el Patriarca de los Predicadores, reunió en torno suyo á sus hijos, y les dijo: «Hasta aquí por don de Dios he conservado íntegra la virginidad. ¿Queréis vosotros ser bien recibidos y autorizados en los pueblos? Pues sed castos.» Pues, he aquí hijos del Santuario: ¿Queréis ser dignos ministros del Hijo de la Virgen haciendo mucho bien en las almas? Llevad en vuestra frente la tranquila serenidad de la pureza, sed ángeles del Señor, y mereceréis ser verdaderos ángeles en el Santuario á donde acudirán los pueblos para recibir las órdenes del Señor.

(1) Luc. 1.º.—(2) Dan. 2.º

#### IV—CÍNGULO DE SANTO TOMÁS

La institución del Cíngulo ó de la Milicia Angélica descansa sobre la experiencia de varios siglos y su eficacia como preservativo de la impureza y custodio de la castidad es evidente. Pero, esto, ya merece varios artículos aparte.

#### ARTÍCULO IV (1)

##### ORIGEN DEL CÍNGULO DE SANTO TOMÁS

Santo Tomás de Aquino que había de ser luz del mundo y antorcha de la iglesia, vió su primera luz en el siglo XIII, naciendo de los muy nobles condes de Aquino, Landulfo y Teodora.

Á los pocos meses de su vida tuvo lugar un suceso extraordinario, que nos dá á conocer el amor y devoción especial que á la Santísima Virgen había de profesar después nuestro Santo. Un día, en que la nodriza se disponía á lavar al niño Tomás, advirtió que tenía en las manos un papelito ó cédula, y al querer quitárselo para efectuar con más desembarazo su intento, las lágrimas y resistencia del niño le obligaron á dejárselo. Entonces la nodriza, admirada de la resistencia del niño, refirió á su madre la condesa lo que sucedía; ésta, movida por la curiosidad y por lo raro del caso, se acercó al niño y disimuladamente le arrebató el papel, quedando sorprendida al ver que en él estaba escrito el *Ave María* (1).

Pero los sollozos, gritos y ademanes del niño, obligaron á su buena madre á devolverle el papelito, y apenas lo cogió con sus manecitas lo llevó á la boca y lo tragó enseguida, como la cosa más dulce y sabrosa del mundo. Este

(1) Tomamos este y siguientes articulitos del P. Luis Lillo, Ord. Praed.

(2) San Antonino, Arzobispo de Florencia, afirma que esta cédula, donde estaba impreso el *Ave María*, fué entregada de un modo admirable por la Reina de los Ángeles, á Santo Tomás.